

Cien años con Astor Piazzolla

Marta Alicia Pérez Gómez



7

“Violento y sostenido ese primer llanto, morado el cuerpito, los puños cerrados. El 11 de marzo de 1921, a las dos de la mañana, envuelto en un intenso olor a vainilla, al fondo de una dulcería, nacía Astor Pantaleón Piazzolla” así narra su hija Diana la venida al mundo de su padre en su libro *Astor*, una biografía novelada que nos da a conocer los pormenores del transcurrir musical de este argentino, renovador del tango del siglo xx. De esta biografía y de algunas entrevistas hechas a Piazzolla, también de videos y artículos sobre él, se transcriben estas notas a manera de paráfrasis.

En su niñez y juventud hizo honor a los puños cerrados y al violento llanto, pues al regresar a Mar del Plata, lugar de su nacimiento, después de su estancia en Nueva York, donde había viajado con sus padres a los cuatro años, se

peleaba con quien osara burlarse de él por su extraña indumentaria y por su escaso dominio del castellano. Tenía nueve años, pero antes, a los ocho, su padre, Vicente (el Nono), que adoraba el tango, encontró en una prendería un pequeño bandoneón que regaló a su hijo, con la esperanza de hacerlo músico y que sirviera para algo, pues Astor no lograba concentrarse en nada y abandonaba todo lo que emprendía. Pero a Astor no le interesaba la música y menos el tango que le parecía triste y melancólico. Por eso, después de aprender solfeo con algunos profesores y tocar algunas piezas en el bandoneón, lo abandonó y lo guardó en el ropero junto a otros trebejos. La música no le entraba en la cabeza.

En Argentina permaneció poco tiempo, pues era la época de la recesión (años 30) y sus pa-

dres, al no conseguir trabajo, tuvieron que regresar a Nueva York. Allí, después de oír tocar a un pianista vecino, Bela Wilda (que había sido discípulo de Serguéi Rachmaninov, y que ahora era su maestro), Astor tuvo una revelación: descubrió, por fin, su gusto por la música, (quería ser pianista). Con Wilda aprendió a amar a Johann Sebastian Bach.

Sin embargo, el joven Astor actuaba en teatros y en la radio tocando el bandoneón, pero, aunque interpretaba música argentina, la sentía ajena. Era el año 1934 cuando conoció a Carlos Gardel, quien quiso oírlo tocar el bandoneón; entonces Astor tocó para él piezas de George Gershwin, algunos valses, una ranchera, un tango... Gardel le dijo: "Vas a ser grande, pibe, te lo digo yo... el fuele lo tocás bárbaro, pero el tango lo tocás como un gallego". Astor se disculpó y dijo que de tango no sabía mucho y que no lo entendía. A lo que Gardel, como si fuera clarividente, le replicó: "Cuando lo entiendas, no lo vas a dejar". Es de todos conocido que Piazzolla actuó en una de las películas de Gardel, quien le pidió acompañarlo en su gira por Latinoamérica, a lo que su padre se opuso por su corta edad, tenía catorce años, y esto lo salvó de morir en el accidente en el que Carlitos perdió la vida.

Una vez más, a los dieciséis años, regresa a la Argentina, a la que no quería volver, porque, aunque era su patria, no le significaba nada. Él tenía sus amigos en Nueva York y, lo más importante, había conocido el jazz y quería incorporarlo a su música. Pero le ocurre una segunda revelación cuando conoce el sexteto de Elvino Vardaro, que tenía una manera nueva de interpretar el tango. Ahí, Piazzolla forma un cuarteto que imita su estilo y dice que "le había agarrado la locura por el tango"

Se reconcilia, entonces, con el tango y se dedica a escuchar a la orquesta de Miguel Caló. Su pianista, Héctor Stamponi, le recomienda irse a Buenos Aires, allí trabaja en un cabaret,

que lo deprime, hasta que, después de aprenderse de memoria toda la música que interpretaba Aníbal Troilo (*Pichuco*), se presenta ante él, toca el bandoneón y hace unos magníficos arreglos y, con dieciocho años, logra que lo integre a su orquesta, y abandona ese primer cabaret.

En ese tiempo estaba componiendo un concierto que llevó a Rubinstein, para que lo evaluara, pero este le dice que es una sonata y lo manda a estudiar. "Estudie, estudie cada día y durante toda su vida. Solo así logrará expresar con música todo lo que siente". Empieza entonces a estudiar con el maestro Alberto Ginastera, quien le enseña composición, orquestación, armonía, teoría y le despierta el gusto por la lectura, la pintura, el cine y el teatro.

En 1944, también renuncia al cabaret donde trabajaba con Troilo, a quien durante toda su vida le profesó admiración y cariño, y forma su propia orquesta. En 1942 se había casado con una pintora de nombre Dedé; en el 43 nació Diana y en el 44, Daniel, sus hijos. A los veintisiete años abandona su orquesta y también el bandoneón y se dedica a estudiar, a escribir, a componer.

En 1953 estrena su *Sinfonía Buenos Aires*, para dos bandoneones, y aunque gana el concurso, se produce un tremendo escándalo y durante la ejecución, un público enardecido lo tilda de grotesco y emprende una pelea a los golpes con los jóvenes que lo apoyan. Fanáticos y opositores iniciaron así la polémica, que mucho tiempo se mantuvo (incluso hoy en día persiste en ciertos círculos de tangueros ortodoxos, a pesar de que ya Piazzolla es reconocido como un gran músico), de que sus composiciones y arreglos no eran música clásica, y tampoco tango porque desvirtuaba su esencia popular. ¡No hallaban como clasificarlo! En sus arreglos, Piazzolla usaba el contrapunto y la fuga, tomados del barroco, herencia de

Bach, a quien admiraba profundamente, y esto enfurecía a los tangeros tradicionales.

Lo que sigue en la vida de Piazzolla, ya en su madurez, es una sucesión de éxitos y fracasos. De éxitos en París, que acoge su música, pero donde su maestra del Conservatorio, la prestigiosa Nadia Boulanger, le toca al piano una de sus obras titulada *Magistral* y le hace ver que ese es el camino, que debe volver a sus raíces, y lo sacude de tal manera que hace surgir al verdadero Piazzolla, el renovador del tango, la personalidad que no abandonará nunca. Y fracasos, porque en Argentina no comprenden su música, y la crítica es implacable con él, al punto de decir que lo que componía y tocaba no era tango. Fue tan incomprendido, que él mismo dijo que en Argentina podría cambiarse todo, menos el tango; este era considerado una religión y él, un hereje. Un hereje, un iconoclasta, un rebelde que disfrutaba serlo. Un revolucionario de carácter recio, que cambió para siempre la música argentina.

A su regreso de París, en 1956, funda el Octeto Buenos Aires y, audaz e irreverente, como solía serlo, incluye en el conjunto una guitarra eléctrica, un objeto maldito para los cultores del tango tradicional.

Viaja a Estados Unidos, e incorpora el jazz a sus composiciones. Es la época del jazz-tango. En 1959, recibe la noticia de la muerte de su padre, que lo afecta profundamente y compone el tango que él considera su mejor obra: *Adiós Nonino*, que toca con el Octeto.

La década del sesenta es definitiva para su trayectoria musical. Ya en Buenos Aires da forma al Quinteto Nuevo Tango, que retomaría en 1978. En 1963 compone una suite: *Introducción a Héroes y tumbas* de Ernesto Sábato que aparece en el elepé *Tango contemporáneo*. En 1965 graba el disco *Tango*, que contiene temas con letras de Jorge Luis Borges. Ambos con el Octeto Buenos Aires.

En 1966 se separa de su esposa Dedé Wolff. En 1967 empieza su colaboración con el poeta Horacio Ferrer, con quien compuso la opera *María de Buenos Aires*, que estrenaría al año siguiente con la cantante Amelita Baltar, con quien inicia una relación sentimental. Ambos, Piazzolla y Ferrer, componen *Balada para un loco*, y la presentan a un concurso, en el que, a pesar de ser ovacionados, también son ultrajados. El jurado, atemorizado, les otorga un segundo lugar. Sin embargo, esta balada luego sería un éxito, y les daría una repentina popularidad.

La década del setenta empieza con quebrantos de salud, sufre un infarto que lo obliga a recluirse en Italia, pero es incansable en el trabajo y forma el Conjunto Electrónico, un octeto

integrado por bandoneón, piano eléctrico, órgano, guitarra y bajo eléctricos, batería, sintetizador y violín. Con este conjunto compone la *Suite Troileana*, en memoria de Aníbal Troilo, quien había muerto.

En 1974 se separa de Amelita Baltar, y ese mismo año graba, junto a una orquesta de músicos italianos, los álbumes *Summit*, con Gerry Mulligan, y *Libertango*, cuyo éxito lo hace popular en Europa. En 1975, el Ensemble Buenos Aires graba su obra *Tangazo* para orquesta sinfónica.

En ese mismo año conoce a Laura Escalada, quien sería su esposa definitiva. A partir de 1978 retorna al quinteto Nuevo Tango, con músicos que comparten sus ideas y que lo acompañarán por muchos años, y continúa con la composición de obras sinfónicas y piezas de cámara. Y, como dato curioso, en sus conciertos vestía casi siempre de negro.

En la década del ochenta le llega, por fin, el reconocimiento: fue nombrado Ciudadano Ilustre de Buenos Aires, y obtuvo el Premio Konex de Platino como el mejor músico de tango de vanguardia de la historia en Argentina. Viaja

a los Estados Unidos, y graba con el cuarteto *Kronos Quartet* y con *Gary Burton*, entre otros.

Durante su vida de compositor e intérprete del tango, su periplo incluye, además de varios lugares de su Argentina, y de Francia y Estados Unidos, donde viaja con frecuencia, innumerables países: Alemania, Países Bajos, Italia, Chile, Brasil, Uruguay. También estuvo en Colombia entre el 26 de octubre y el 4 de noviembre de 1982, y realizó nueve conciertos: tres en Bogotá, dos en Cali y cuatro en Medellín.

En 1988 fue operado del corazón y a principios del año siguiente formaría su último conjunto, el Sexteto Nuevo Tango formado por dos bandoneones, piano, guitarra eléctrica, contrabajo y violonchelo. El 29 de junio de 1989 se encuentran en Holanda para tocar juntos en un espectáculo que fue un éxito, el sexteto de Astor Piazzolla y la orquesta de Osvaldo Pugliese, el músico de tango más admirado por Piazzolla, (a quien había seguido desde su juventud, en los años 40, cuando lo escuchaba tocar el piano) porque decía: Pugliese tiene estilo, tiene *canyengue*.

En los años noventa empieza el declive de este gran músico que cambió para siempre la manera de interpretar el tango. El 4 de agosto de 1990 sufrió una trombosis cerebral, en un aparta-hotel parisino. Lo trasladaron a Buenos Aires el 12 de agosto, y finalmente fallecería dos años después en Buenos Aires en la madrugada del 4 de julio de 1992, a los 71 años, tal como decía la letra de su *Balada para mi muerte*.

Así acaba la vida de Astor Piazzolla, el genio renovador del tango y de la música argentina, a quien este número de marzo de 2021 de la *Agenda Cultural Alma Máter*, le rinde un homenaje en el aniversario número cien de su nacimiento, con la seguridad de que los jóvenes, en quienes tanto confiaba, disfrutarán repasando su vida y leyendo los artículos acerca de su

obra, hoy, ya por fin, reconocida y valorada no solo en la Argentina, sino en el mundo entero.

Como corolario de lo anterior, podemos decir que Piazzolla, amante de Bach, de Gershwin, de Frédéric Chopin, de Igor Stravinski, de Béla Bartók, en general de la música clásica, y del jazz, logró, con sus arreglos e interpretación, imprimirle su impronta al tango, sacándolo del drama lacrimoso, del “compadrito”, dándole categoría internacional y elegancia. Sus composiciones, donde campean el contrapunto y la fuga, evocan el barroco, la música de Antonio Vivaldi, pero sobre todo la música de Bach; en sus arreglos jazzísticos hacen presencia el jazz de Stan Getz, de Count Basie, de Duke Ellington, de Chick Corea, y aunque volvió a sus raíces, a la música de su país, como le aconsejó la maestra Boulanger, no volvió al tango antiguo, al de los años cuarenta, al que, a pesar de admirar, se negó a repetir; él quiso innovar y afirmó que en la modernidad no se puede tocar el tango a la manera tradicional. Y por esto, los llamados púristas del tango, los ortodoxos, lo destrozaron.

Sin embargo, hoy en día se encuentran, no solo en Argentina, sino en diferentes partes del mundo, varios conjuntos que interpretan su música; los intelectuales y los jóvenes lo reconocen como un gran músico, como un innovador, y hasta un director de cine tan prestigioso como el español Carlos Saura, hizo en 1998, la película *Tango, no me dejes nunca* con una hermosa y fascinante coreografía y unos bailarines excelentes que le hacen honor a su música, *leit motiv* de todo el film. Y en este aniversario, que conmemora su nacimiento hace cien años, se han publicado varias biografías y las emisoras, la televisión, e internet están transmitiendo sus conciertos y sus entrevistas como un tributo de reconocimiento.

Marta Alicia Pérez Gómez. Bibliotecóloga y profesora jubilada de la Universidad de Antioquia. Integrante del comité editorial de la revista *Agenda Cultural Alma Máter*.